

SIMMIAS. No se puede negar eso.

SÓCRATES. Por consiguiente todos los hombres no son valerosos sino por el temor, excepto el filósofo, y no es un absurdo que el hombre sea valiente por timidez (1).

SIMMIAS. Tienes razón, Sócrates.

SÓCRATES. ¿No sucede otro tanto con los hombres moderados? Estos no son tales sino solo por intemperancia, y aunque esto parezca á primera vista imposible, sin embargo está templanza necia y digna de risa tiene el origen que yo te digo: pues los hombres renuncian á un placer por temor de verse privados de otro que desean mas y del cual están dominados. Es verdad que ellos llaman intemperancia al verse dominados por las pasiones; pero esto no les impide vencer ciertos deseos inmoderados por lograr otros de que son esclavos: lo que prueba que, como te dije, los hombres son moderados por intemperancia.

SIMMIAS. Eso parece muy verosímil.

SÓCRATES. Querido Simmias, me parece que para la virtud no es un buen cambio el de placeres por placeres, tristezas por tristezas y temores por temores, convirtiéndolo, por decirlo así, las pasiones en moneda. La sola moneda en que conviene cambiarlo todo es la sabiduría, pues con esta se adquiere todo, y se tiene todo, fortaleza, templanza, justicia: en una palabra, la verdadera virtud se halla unida á la sabiduría, no depende de deleites, de tristezas, de temores ó de otras pasiones; donde falta la sabiduría, la virtud producida solo por una transacción de las pasiones entre sí, no es mas que imaginaria, servil y sin verdad; porque la verdad de la virtud consiste precisamente en la purificación de todas las pasiones, y la templanza, la justicia y aun la sabiduría son otras tantas purificaciones. Yo creo que los que establecieron las iniciaciones, no fueron hombres comunes, sino genios superiores, que desde un principio han querido enseñarnos que el que va al otro mundo sin iniciarse, ni purificarse, quedará en el lodo; mas el que vaya despues de haber efectuado las expiaciones, será allí recibido entre los dioses. Yo no he perdonado nada para ser de este número; toda la vida me he esforzado en conseguir esto, y espero saber dentro de breves instantes, con el favor de Dios, si todos mis esfuerzos han sido por desgracia inútiles, ó si he conseguido mi objeto. Hé aquí, Simmias y Cebes, lo que os tenía que decir á fin de justificarme ante vosotros de no afligirme por tener que dejar vuestra compañía y la de los maestros de este mundo, con la esperanza de que en el otro he de encontrar tan buenos amigos y tan sabios maestros; esto es lo que el vulgo no puede comprender (2).

Esta esperanza alentaba al desinteresado Sócrates en el acto de sufrir la muerte por causa

(1) Véase aquí cómo reconoce Sócrates que se puede arrostrar la muerte sin un verdadero desinterés.

(2) Fedon.

de su amor á la justicia: él aspiraba al bien moral, á la perfección moral que no perece con el cuerpo. Moría tranquilo en la creencia de hallar mas allá de esta vida sabiduría, justicia y dignidad moral, únicos objetos de sus pensamientos: esto se llama ciertamente desinterés; ¿y hubiera podido poseer este desinterés no pensando en una vida futura?

§ 2. SISTEMA MORAL DE SÓCRATES.

« En el sistema de Sócrates, la verdad moral, como luz intelectual que debemos seguir si queremos ser virtuosos, se reduce á las ideas principales, como las de sabiduría, de verdad, de justicia y de otras virtudes, y finalmente de todas las esencias de las cosas.

« En este sistema se expresa también el modo con que estas ideas pueden formar nuestra bondad moral: dicho modo es la contemplación. Así que la virtud, según Sócrates, se reduce á contemplar las esencias de las cosas, ó sea á la sabiduría.

« Si Sócrates hubiese distinguido la intuición natural de la voluntaria, hubiera descubierto una gran verdad. Pero, omitiendo esta distinción, ya habló de la ciencia teórica ó necesaria, ya de la práctica y voluntaria, mezclando una con otra, y sacando consecuencias falsas de un principio equívoco, atribuyó á la moral lo que no le pertenece y le quitó lo que le pertenece.

« El bien moral tiene dos partes que forman como dos grados. La primera consiste en la adhesión voluntaria á la verdad, mediante la cual todo se halla arreglado en el hombre. La segunda se funda en el mérito propiamente dicho, esto es, en el esfuerzo que hace el hombre para adherirse á la verdad y para sujetar á esta los instintos animales.

« Sócrates limita su atención al primero de estos dos grados y desprecia el segundo: por esto dice que la verdadera y la perfecta virtud del hombre se adquiere con la destrucción del cuerpo, es decir, con la muerte, porque desapareciendo el cuerpo, se quitan todos los impedimentos y obstáculos á la contemplación de las esencias. Por lo tanto él dejó de observar aquel mérito moral que proporciona al hombre el practicar la justicia y la virtud á pesar de los impedimentos y pasiones corporales, aquel mérito que le trae el combatir el instinto irracional y el sujetarle á la verdad. Esta es una omisión contraria á la de Cousin, quien no halla virtud donde no hay combate, al paso que Sócrates no la encuentra sino donde ha cesado todo combate.

« Hay, pues, dos errores principales en el sistema de Sócrates: en virtud del primero hace entrar en la esfera de las cosas morales la simple contemplación teórica, de resultados de lo cual da á la virtud moral lo que no le pertenece

ce (1); y en consecuencia del segundo excluye de dicha esfera el mérito, que consiste en la lucha del espíritu con el cuerpo, ó á lo ménos no le aprecia tanto como debiera, pues supone que el hombre, careciendo de él, tendría mayor perfección moral, fijando solo su atención en las esencias que se conciben sin obstáculo de ninguna especie (2).

« Aristóteles pone aun otra objeción al sistema de Sócrates, imputándole el sostener que no está en manos del hombre el ser bueno ó malo (3); lo que deduciría de haber aquel negado la libertad. En efecto, aunque Sócrates, en boca de Platon, habla con frecuencia de la buena ó mala voluntad, sin embargo, no se puede desconocer que la imputación de Aristóteles está fundada en los principios de su sistema; porque si es cierto que la virtud no es otra cosa mas que la ciencia, también lo es que no está en poder de todos los hombres el ser sabios, supuesto que si se reduce la virtud á la simple especulación intelectual, entónces

(1) Aristóteles que no deja de notar este defecto en la moral de Sócrates, reconoce, sin embargo, que todas las virtudes morales deben estar unidas por medio de algun acto intelectual. Estas son sus palabras: « Sócrates en parte discurría bien y en parte no, porque cuando opinaba que todas las virtudes consisten en la prudencia, se equivocaba: y pensaba bien, cuando aseguraba que las virtudes no existen sin la prudencia. De lo que es una prueba que en general todos los filósofos cuando definen la virtud, despues de haberla llamado un hábito bien dirigido, añaden según la recta razón. Ahora bien, solo es recta aquella razón que se rige por la prudencia. De donde se sigue que no se da virtud sin la prudencia, ni el prudente puede hacer nada sin la virtud moral. » (Nicom. VI, 13.)

(2) También se halla en Aristóteles la siguiente observación: « Ni el mismo (Sócrates) enseñó con claridad, supuesto que hacia virtud la ciencia, lo que no puede ser, porque todas las ciencias dependen de la razón. Y como la razón tiene origen solo en el entendimiento que pertenece al alma, habría que considerar las virtudes como nacidas tan solo en la parte racional del alma. De aquí se sigue que el que hace de las virtudes otras tantas ciencias, anonada la parte irracional del alma, y obrando así, hace desaparecer los afectos y las costumbres. Por consiguiente (Sócrates), no conoció bien la virtud de este modo. » (Magnor Moral., I, 1.)

(3) Magnor Moral., I, 2. Permítaseme que añada en este lugar una observación de Aristóteles que me parece importante. Era opinión de Sócrates « que el ser buenos ó malos no depende de nosotros, » opinión que censura y refuta Aristóteles. Sin embargo, este reconoce que tienen un límite nuestras facultades morales y que nuestra mayor ó menor virtud depende en gran parte, no de nosotros, mismos, sino de alguna otra cosa que se sustrae á nuestro libre albedrío. Con esta verdad importante y misteriosa que tanto humilla al hombre y le hace desdecirse de tantos juicios, se abate de tal modo el filósofo que no sabe qué decir y se contenta con confesarla. Despues de haber probado contra Sócrates que « el ser buenos ó malos consiste en nosotros, » pone la siguiente objeción: « Tal vez aquí opondrá alguno que estando en nuestra mano el ser justos y buenos, si yo quiero, podré llegar á ser el mejor de todos. » A esto responde: « Esto no puede hacerse enteramente. » ¿Y por qué? « Porque una cosa no puede depender de ella misma. En efecto, aunque uno quiera tener cuidado del cuerpo, no habrá conseguido poseer el mejor de todos los cuerpos. Por lo tanto para conseguir lo primero, se necesita no solo quererlo hacer, sino que el cuerpo sea bueno y bello por naturaleza. Lo mismo sucede con el alma: el hombre no puede ser el mejor de todos por sola su voluntad, si aquella no es la mejor por naturaleza. » (Magnor Moral., en el lugar citado.) Un asunto que merecería ser tratado con todo cuidado es « la historia de las opiniones de los filósofos sobre las facultades morales del hombre y los principios extrínsecos, es decir, no morales, que influyen en la moralidad humana. »

esta no puede pertenecer á la voluntad, sino al entendimiento, al conocimiento necesario, en el que la libertad no entra para nada; mas confieso que esto me parece que es tomar á Sócrates al pié de la letra, y no debe procederse con tanto rigor. »

ROSMINI.

§ 3. EL FEDON, Ó LA MUERTE DE SÓCRATES.

El trozo mas admirable de elocuencia filosófica es el diálogo en que Platon hace tomar parte á Sócrates moribundo. Al ofrecerle á nuestros lectorales, no podemos ménos de advertir que, á pesar de las aclaraciones hechas por los últimos comentadores, abunda en cosas ininteligibles á todos y que son objeto de disputas entre los mismos; además contiene otras absolutamente extrañas al que no tiene práctica en el modo de argumentar de las escuelas de aquel tiempo. Vamos á exponerle según le compendió el Aleman Moises Mendelshon, con tanta mas razón cuanto que en el primer diálogo que es el que se va á transcribir, se atiende casi enteramente al texto de Platon, del cual se aparta al refutar las objeciones, introduciendo doctrinas muy posteriores.

Hablan CHERÉCRATES, FEDON, APOLODORO, SÓCRATES, CÉBES, CRITON y SIMMIAS.

CHERÉCRATES. Querido Fedon, ¿estabas presente cuando Sócrates bebió el veneno en la prisión, ó te han contado lo que sucedió?

FEDON. Me hallé presente por desgracia.

CHERÉCRATES. ¿Y cuáles fueron sus últimas palabras? ¿cómo murió aquel sabio? Nuestros Flisianos llegan raras veces á Atenas y hace mucho tiempo que no viene nadie que pueda informarnos de este suceso. Solo se sabe que Sócrates bebió el veneno, que murió y nada mas.

FEDON. ¡Cómo! ¡Y no sabes nada sobre la causa de su sentencia!

CHERÉCRATES. Sí, algo de eso nos han contado; pero hemos extrañado la dilación que ha habido entre la sentencia y la muerte. ¿Cuál ha sido la causa de esto?

FEDON. Una casualidad. El mismo día de su sentencia los Atenienses coronaron la nave que envían todos los años á Délos.

CHERÉCRATES. ¿Y qué nave es esa?

FEDON. Si hemos de creer á los Atenienses, es la misma en que Teseo condujo en otro tiempo á Creta los siete niños y siete niñas á quienes salvó la vida al mismo tiempo que la suya, cuando exterminó al Minotauro. Entónces Atenas hizo voto á Apolo de enviarle cada año á Délos unos presentes magníficos en esta nave, si se dignaba salvar á dichos niños, y desde aquel tiempo no ha dejado de cumplir su palabra. Cuando la nave sagrada está para partir,

el sacerdote de Apolo guarnece su popa con guirnalda de flores y en seguida empieza la fiesta de la *Teoría*, que dura desde la salida de la nave para Délos hasta su vuelta. En este intervalo de tiempo no se puede derramar sangre en la ciudad, prohibiendo una ley el llevar á cabo las sentencias de los condenados á muerte, los cuales gozan de una larga dilacion, si la nave llega á ser detenida por vientos contrarios. La casualidad hizo que el mismo día de la sentencia de Sócrates, como he dicho, partiese la coronada nave á Délos, y esta fué la causa de dicha dilacion.

CHERÉCRATES. ¿Y cómo se portó el filósofo en el último día? ¿Qué dijo? ¿Qué hizo? ¿Qué amigos tuvo á su lado á la hora de la muerte? ¿Permitieron los arcontes que se le acercase alguno? ¿Ó murió tal vez sin la compañía de sus amigos?

FEDON. No: se hallaron presentes muchos de estos.

CHERÉFRATES. Te ruego, querido Fedon, que me cuentes detenidamente este suceso, si no tienes otra cosa que hacer.

FEDON. No hay nada que me lo impida, y así voy á darte gusto; mayormente cuando nada me agrada tanto como hablar ú oír hablar de mi querido Sócrates.

CHERÉCRATES. No nos agrada ménos á todos tus oyentes. Así que procura darnos los mayores detalles que puedas del asunto.

FEDON. Yo estaba entre los que presenciaron tan funesto momento. ¡Oh amigo! Aunque estaba conmovido, no sentí aquella compasión y aquella ansiedad que suele experimentarse cuando un amigo muere en nuestros brazos. Sócrates bebiendo la cicuta, parecía feliz y aun digno de envidia: la tranquilidad brillaba en su semblante y la moderación de sus discursos anunciaba la calma y la paz de su corazón: su aspecto no era el de un hombre que va á descender á las sombras del Orco, sino el de un mortal dispuesto á gozar una inalterable bienaventuranza en el seno de la eternidad. Por esto yo no podía experimentar aquella compasión que se apodera del alma á la vista de un moribundo: sus discursos filosóficos que en otro tiempo nos llenaban de la más pura alegría, nos ofrecían una incomprensible mezcla de placer y de amargura, pues el doloroso pensamiento de su muerte disminuía el placer de oírle, y todos los que se hallaban cerca de él, parecían fluctuar entre el placer y el dolor. Estos encontrados afectos del ánimo se pintaban en nuestros semblantes; nos reíamos y llorábamos alternativamente, y muchas veces la risa apuntaba en nuestros labios al mismo tiempo que las lágrimas brotaban de nuestros ojos: el que más se distinguía era Apolodoro. ¿Conoces á este y sabes su carácter?

CHERÉCRATES. Sí que le conozco.

FEDON. Todos sus movimientos eran extraordinarios. Siendo más sensible que todos nosotros, se volvía loco de alegría cuando apenas

nos sonreíamos, y en cuanto se humedecían nuestros ojos, él prorumpía en el más amargo llanto. Así que nosotros sentíamos más compasión por él que por el amigo moribundo.

CHERÉCRATES. ¿Y quiénes estaban presentes?

FEDON. De los Atenienses estaban Apolodoro, Critóbulo y su padre Criton, Hermógenes, Epígenes, Esquines, Antístenes, Ctesippo, Meneseno y algunos otros: Platon creo que estaba enfermo.

CHERÉCRATES. ¿Y había algunos forasteros?

FEDON. Sí: Simmias, Cebes y Fedón de Tébas, y Tersipión y Euclides de Megara.

CHERÉCRATES. ¿No estaban Aristipio ni Cleombroto?

FEDON. No: estos, dicen que estaban entonces en Egina.

CHERÉCRATES. ¿Y no había otros?

FEDON. No, que yo me acuerde.

CHERÉCRATES. ¿Y de qué tratásteis en vuestros discursos?

FEDON. Vas á saberlo. Todo el tiempo que Sócrates estuvo preso, solíamos irle á ver diariamente, y convinimos en reunirnos en la sala de los jueces desde que se dictó contra él la sentencia (hallándose esta muy inmediata á la prisión), y en entretenernos discurrendo hasta que se abriera la puerta de la prisión, lo que sucedía no muy á menudo. Al punto que esta se abría, nos acercábamos á Sócrates, y las más de las veces pasábamos todo el día en su compañía: la última mañana acudimos más pronto de lo acostumbrado, porque el día antes, al ir á casa, oímos decir que había vuelto ya de Délos la nave.

— Cuando estuvimos reunidos, se llegó á nosotros el carcelero que solía abrir la puerta de la prisión y nos dijo, que esperásemos y no entrásemos hasta que nos llamase, porque estaban en aquel momento los Once quitando la cadena á Sócrates y anunciándole que debía morir. Poco después nos vino á llamar, y cuando entramos, estaba Sócrates echado en su lecho y sin cadena. Jantipa, su mujer, á quien tú conoces, se hallaba sentada cerca de él taciturna y triste, y con su hijo sobre las rodillas. Al punto que nos vió, exclamo llorando: ¡Ah, Sócrates! ¡Tus amigos vienen á verte por la última vez; ya no los verás más! y un torrente de lágrimas inundaba sus ojos. Sócrates se volvió á Criton y le rogó que hiciese acompañar hasta su casa á su mujer, la cual salió de la prisión conducida por los criados de dicho discípulo golpeándose el pecho y dando profundos suspiros: nosotros nos quedamos muy afligidos. Sócrates se sentó entonces en su lecho frotándose la pierna que había tenido encadenada y nos dijo: «Amigos, estoy reflexionando sobre lo que se llama placer: al primer aspecto parece que es lo opuesto del dolor, porque ninguna cosa puede ser al mismo tiempo agradable y desagradable; pero si alguno experimenta alguna de las dos sensaciones, es preciso que experimente también la otra, pues parece

por decirlo así, que la una y la otra se tocan en las dos extremidades. Si Esopo hubiese hecho esta observación, nos hubiera dejado la fábula siguiente:

«Dios quería unir entre sí las sensaciones contrarias; pero encontrando esto imposible, las unió en sus extremos; por lo que quedaron inseparables.

»Ved aquí lo que yo experimento en este instante: los hierros me habían ocasionado un dolor; mas ahora que estoy libre de ellos, ha sucedido á aquel una sensación agradable.»

— Á propósito de Esopo dijo Cebes, tengo curiosidad por saber si es verdad que has puesto en verso algunas de sus fábulas y compuesto un himno en honor de Apolo. Muchas personas, y entre ellas el poeta Eveno, me han preguntado con qué motivo te has dedicado á la poesía, no siendo poeta de profesión. ¿Qué debo responderles?

— Puedes decirles la verdad, respondió Sócrates, y es que mi intención no fué nunca la de disputarle el nombre que se ha adquirido entre los poetas, porque sé lo difícil que es, y así al tomar en mis manos la lira de Apolo, no hice más que seguir los impulsos que recibí una vez en un sueño, impulsos á que he condescendido siempre por todos los medios posibles. Yo sentí que de mil maneras se me hacía en sueños esta exhortación: *Sócrates, aplicate á la música* (1). Hasta ahora no he mirado este consejo sino como aquellas exhortaciones que se hacen á los que disputan el premio de la carrera: el sueño, decía yo, no me manda nada de nuevo; la filosofía es ciertamente la mejor música, y yo la he cultivado siempre; por lo tanto, no se quiere de mí más que encender mas en mí el amor de la sabiduría para que no se entibie. Después que se pronunció contra mí la sentencia, en el tiempo que me concedió la fiesta de la Teoría, me puse á meditar sobre este sueño, y aunque no se me mandaba en él aplicarme á la música vulgar, solo por obedecer al sueño, compuse primero un himno en honor del dios á quien se hacía la fiesta; pero reflexionando después, que para ser poeta es necesario tratar no de máximas filosóficas, sino de las ficciones de que un himno no es susceptible, y no teniendo yo una imaginación viva para hallar los conceptos que distinguen á los poetas, me quise servir de las ficciones de otro y puse en verso algunas fábulas de Esopo. Esto es lo que puedes responder á Eveno, querido Cebes. No te olvides de saludarle en mi nombre; si es sabio, no tardará en seguirme: yo por mi parte voy á partir hoy por orden de los Atenienses.

— ¿Y por qué pronosticas esto á Eveno? le dijo Simmias. Yo le conozco mucho, y por lo que puedo juzgar, no creo que tenga contigo grande amistad.

(1) Llamaban música los antiguos al ejercicio de las facultades del alma; y *gimnástica* el de las fuerzas del cuerpo. C.

— ¡Cómo! respondió Sócrates. ¿Eveno no es filósofo?

— Por tal le tengo, dijo Simmias.

— Entonces me seguirá voluntariamente si es digno de ese nombre: no pretendo que deba atentar contra su propia vida; no hay ni puede haber una cosa más reprobada que esta, como todos saben. Entretanto Sócrates se levantaba del lecho para continuar el diálogo.

— Esto no se entiende muy bien, replicó Cebes: si no es permitido darse la muerte, ¿cómo puede un sabio seguirte voluntariamente al sepulcro?

— ¡Cómo, Cebes! dijo Sócrates: tú y Simmias que habéis sido discípulos del sabio Filolao, ¿no le oísteis nada sobre este punto?

Cebes. No se explicó mucho sobre él.

SÓCRATES. Pues bien, yo he pensado bastante sobre esto, y voy ahora á participaros lo que he deducido. Me parece que los que se proponen viajar, deben primero informarse de los países que piensan recorrer para tener una idea exacta de ellos. Mi situación presente es idéntica á la de dichos viajeros; por lo tanto, ¿de qué asunto más importante podemos tratar hasta la puesta del sol?

— ¿Cómo se prueba, dijo Cebes, que el suicidio nos está prohibido? Filolao y otros maestros me han dicho varias veces esto; pero no me han dado la razón.

— Voy á ver, replicó Sócrates, si puedo decirte algo sobre esta materia. ¿Qué piensas, Cebes? Yo sostengo que el suicidio nos está prohibido absolutamente en cualquier circunstancia. Sin embargo, sabemos que hay hombres para quienes la muerte es mejor que la vida, y por esto te parecerá extraño tal vez que la santidad de las costumbres exija que el hombre no pueda procurarse este alivio, sino que tenga que recibirle de una mano benéfica.

— Esto, repuso Cebes sonriéndose, solo puede explicarlo un oráculo de Júpiter.

— No obstante, dijo Sócrates, no es muy difícil hacer que desaparezca esa aparente contradicción con buenos argumentos. Suele decirse en los misterios que el hombre en este mundo es como un centinela que no puede abandonar su puesto hasta que otro le releve: esto, aunque se funda en razones muy sólidas, no creo que puedan entenderlo todos. Mas yo puedo presentar argumentos que no sean muy difíciles de entender. Me parece que puede admitirse como cierto que Dios es nuestro amo, que nosotros somos su propiedad, y que su providencia cuida de nuestro bienestar. Esto se entiende bien.

— Es bastante claro, respondió Cebes.

SÓCRATES. Un esclavo que está sujeto á un amo bueno, merece ser castigado si se opone á los designios de este, y si alimenta en su corazón algún poco de probidad, debe experimentar una grande alegría al cumplir la voluntad de dicho amo, tanto más si está persuadido de que su felicidad depende de él.

CÉBES. Muy bien, querido Sócrates.

SÓCRATES. Cuando el Sumo Hacedor formó la maravillosa máquina del cuerpo humano para encerrar en ella un ser racional, ¿tuvo buenas ó malas intenciones?

CÉBES. No hay duda que las tuvo buenas, pues no pueden suponerse en él malos propósitos.

SÓCRATES. De otro modo sería menester que renunciase á su propia esencia y á su infinita bondad. ¿Y qué es un Dios que puede renunciar á su propia esencia?

CÉBES. Una quimera, un Dios fabuloso, á quien el pueblo crédulo atribuye formas variables. Yo me acuerdo muy bien de las razones con que tú combatiste este error impío en otra ocasión.

SÓCRATES. Este Dios que formó el cuerpo, le ha dotado de fuerzas que le conservan, le sostienen y le defienden de una destrucción prematura. ¿No reconoceremos en estas fuerzas conservadoras intenciones sábias?

CÉBES. ¿Quién podrá creer lo contrario?

SÓCRATES. Es un deber sagrado para las criaturas el dejar como esclavos fieles que lleguen á su término las intenciones del Criador, y no detener su curso de un modo violento; ántes por el contrario, se han de acomodar perfectamente á ellas todas sus acciones voluntarias. Hé aquí, querido Cébes, por qué dije que la filosofía era la mas excelente música, en atención á que nos enseña á dirigir nuestros pensamientos y nuestras acciones, de modo que se conformen en todo lo posible con los designios del Ser Supremo. Si la música es la ciencia de armonizar perfectamente al débil con el fuerte, al dulce con el intratable, y el agradable con el desagradable, no puede haber música mas admirable que la filosofía, la cual nos enseña no solo á establecer una maravillosa armonía entre nuestros pensamientos y nuestras acciones, sino también entre las acciones del ser finito y las del infinito, y entre los pensamientos del habitante de la tierra y las ideas sublimes de aquel que llena todo el universo. ¿Y qué mortal por audaz que fuese osaría, oh Cébes, con mano temeraria destruir una armonía tan encantadora?

CÉBES. El que hiciera eso, merecería la execración de los dioses y de los hombres.

SÓCRATES. ¿No convienes tú también, querido amigo, en que las fuerzas de la naturaleza no son otra cosa mas que unos ministros de la Divinidad que ejecutan las órdenes de está?

CÉBES. Seguramente.

SÓCRATES. Ellas son indicios mucho mas ciertos de la voluntad y designios de la Divinidad que las entrañas de las víctimas, porque el fin á que se dirigen semejantes fuerzas creadas por Dios, es efectivamente una voluntad divina. ¿No te parece á ti lo mismo?

CÉBES. ¿Cómo podría negar eso?

SÓCRATES. Ahora, supuestó que estos indicios manifiestan que la conservación de nuestra

vida es uno de los designios divinos, estamos obligados á arreglar nuestras acciones libres segun estos intérpretes nada equívocos de la divina voluntad, y no tenemos derecho á oponernos á estas fuerzas conservadoras de nuestra naturaleza, ni á impedir á los ministros de la sabiduría infinita el libre ejercicio de sus funciones. Este deber subsiste hasta que Dios por medio de los mismos intérpretes nos ordene expresamente abandonar la vida como á mí me lo ordena hoy.

— No puede darse una demostración mejor, dijo Cébes, que la que acabas de hacer; mas esta parece, mi querido Sócrates, que contradice lo que afirmaste ántes acerca de que el sabio debe morir voluntariamente. Semejante proposición sería absurda, si es verdad, como tú mismo sostienes, que estamos inmediatamente bajo la potestad de Dios, y que su providencia satisface todas nuestras necesidades. En este caso, ¿no es natural que todo hombre razonable se aflija cuando se vea obligado á abandonar el servicio de un amo que con tanta bondad le cuida? Y esto debe ser así aunque con la muerte espere quedar libre y dueño de sí mismo pues nunca puede lisonjearse un pupilo ignorante de vivir mejor abandonado á sí mismo que bajo la dirección de un tutor sabio. Yo creo por el contrario, que es una gran necesidad que quiera absolutamente ser libre el que no puede sufrir al mejor de los padres. Cualquiera que racione bien, se someterá siempre y con placer á la dirección de aquel á quien supone con mas talento que él. De todo esto saco yo una consecuencia enteramente contraria á tu dictamen, y en su virtud diré, que un sabio debe sentir la muerte, y que solo un loco puede experimentar placer al acercarse esta.

Sócrates le escuchó con atención y pareció admirar su talento: en seguida volviéndose á nosotros, nos dijo: «Cébes es capaz de embarrasar á cualquiera que pretenda afirmar algo contra él: está dotado de sutileza de ingenio.»

— Pero esta vez, dijo Simmias, no parece que se equivoca. En efecto, ¿qué motivo puede inducir á un sabio á sustraerse sin un vivo dolor á los cuidados extremados del mas sabio director? Y si no me engaño, la objeccion de Cébes es la censura de tu conducta. Tu indiferencia por la vida, ó el abandonararte voluntariamente á la muerte, sumergiendo á tus amigos en el mas profundo dolor, parece que insulta á la Divina Providencia y á los cuidados de aquel Criador á quien tú nos enseñaste á respetar como al mas sabio y mejor de los amos.

— Me parece que me acusas, replicó Sócrates, y por lo tanto será menester que me defendiendo formalmente.

— Veamos cómo, dijo Simmias.

SÓCRATES. Voy á defenderme ahora mejor y con mas gusto que ántes en presencia de mis jueces: escuchadme Simmias y Cébes. Si yo no tuviese fundadas esperanzas de permanecer en el sitio adonde voy bajo el mismo sabio di-

rector y de encontrar allí las almas de los muertos, cuya sociedad es infinitamente preferible á la amistad mas dulce que se puede gozar en la tierra, sería ciertamente una locura que despreciase la muerte de este modo y me entregase á ella sin ninguna pena. Pero abrigo en mi corazón la confianza consoladora de que no me faltará una cosa ni otra. No aseguraré enteramente que deba encontrar allí las almas de los muertos; mas que la providencia de Dios continuará en velar sobre mi existencia, esto, amigos, lo sostengo con tanta seguridad como he sostenido otras cosas durante mi vida. Por eso no me aflijo cuando voy á morir, pues sé que no acaba todo para nosotros con la muerte, y que por medio de esta pasamos á otra vida que, segun la antigua tradición, será mas feliz para los hombres virtuosos que para los malvados.

— ¡Cómo! dijo Simmias. ¿Piensas tener escondida en lo íntimo de tu alma semejante convicción? ¿Y no querrás hacernos partícipes de una doctrina tan consoladora? Es justo comunicar á los amigos un bien tan grande; y si nos convences, tu defensa está hecha.

— Quiero intentarlo, replicó Sócrates; pero me parece, Critón, que quieres decir alguna cosa.

CRITÓN. ¿Yo? Nada, querido Sócrates, sino que el hombre que debe traerte el veneno, no me deja en paz, diciéndome que te suplique no hables tanto, porque, añade, te enardeces demasiado y la bebida no hará luego su efecto. Él tiene algunas veces que preparar una segunda bebida y aun una tercera á aquellos á quienes no se prohíbe hablar.

— Déjale que vaya á cumplir con su deber, dijo Sócrates: que prepare la segunda bebida y también la tercera, si lo cree necesario.

— Ya esperaba yo esa respuesta, replicó Critón; mas este hombre no deja de importunarme.

SÓCRATES. Déjale ir en nombre de Dios: ahora debo justificarme con mis jueces. Un hombre que ha envejecido en el amor de la sabiduría, debe mostrarse alegre y contento en su última hora, pues espera despues de la muerte la mas completa bienaventuranza. Con qué razones sostengo yo esto, Simmias y Cébes, voy á decirlo inmediatamente. Pocos son los que saben que los que se entregan de véras al amor de la sabiduría emplean casi toda su vida en familiarizarse con la muerte para aprender á morir. Siendo esto así, ¿no sería una contradicción dirigir durante todo el curso de la vida sus deseos y esfuerzos á este fin, y afligirse al conseguirle?

— ¡Ah! por Júpiter, dijo Simmias sonriéndose, que me haces reír, Sócrates, aunque no estoy muy dispuesto á ello. Lo que has expuesto no debe parecer al pueblo tan nuevo como crees, y particularmente los Atenienses podrán decirte que saben muy bien que los filósofos quieren aprender á morir y por esto buscan la

muerte como una recompensa debida á su virtud y muy deseada por ellos.

SÓCRATES. ¡Ah, Simmias! Yo les concederé todo ménos esto, mientras no sepan qué cosa es semejante muerte. Pero dejemos á los Atenienses: en este momento no hablo mas que con mis amigos. La muerte ¿puede definirse?

— Creemos que sí, respondió Simmias.

SÓCRATES. Tal vez no es mas que el acto de separarse el alma del cuerpo. ¿No se dice que un hombre muere cuando su alma y su cuerpo cesan de tener comunicacion entre sí? ¿Sabes tú qué sea morir de otro modo?

SIMMIAS. No, querido mio.

SÓCRATES. Observa ahora, Simmias, si tus ideas no se conforman con las mías en este punto. ¿Crees tú que el que es verdadero amante de la sabiduría se abandone á los deleites sensuales, y que busque en los convites los manjares mas delicados y los vinos mas exquisitos?

SIMMIAS. Seguramente que no.

SÓCRATES. ¿Se entregará enteramente á los placeres del amor?

SIMMIAS. Tampoco.

SÓCRATES. Y en cuanto á las demas comodidades de la vida, como el vestir y los muebles, ¿hará ostentacion de un lujo extraordinario, ó se contentará con lo necesario, sin cuidarse de lo superfluo?

— Yo creo, dijo Simmias, que el sabio no hará caso de aquellas cosas sin las cuales puede pasarse cómodamente.

SÓCRATES. Por último, ¿no podrémos decir que el sabio procura desentenderse por lo general de todos aquellos cuidados superfluos que suelen tomarse por el cuerpo, para pensar en el alma con mas libertad?

SIMMIAS. Infalliblemente.

SÓCRATES. Luego ya se distingue del resto de los hombres en tener libre su espíritu y en no dejarse encadenar por los cuidados que exige el cuerpo, con lo que acostumbra insensiblemente á su alma á cortar su comercio con el cuerpo.

SIMMIAS. Así parece.

SÓCRATES. La mayor parte de los hombres te dirán que el que no quiere disfrutar los goces de la vida, no es digno de vivir, y que renunciar á los placeres mundanos es lo mismo que desear la muerte.

SIMMIAS. Así piensan casi todos los hombres.

SÓCRATES. ¿El cuerpo no perturba con frecuencia al filósofo en sus meditaciones? ¿El filósofo puede prometerse nunca algun progreso en el estudio de la sabiduría, si no aprende primero á vencer los apetitos sensuales? Me explicaré mas: las impresiones que causan los objetos exteriores en nuestros sentidos no son mas que unas sensaciones aisladas, y no pueden mirarse como verdades, porque estas no son percibidas sino por el entendimiento mediante los sentidos. ¿Hay alguna duda sobre esto?

SIMMIAS. Ninguna.